

CAPITULO III.

Viaje de Francisco Hernández de Córdoba.—Descubrimiento de Isla Mujeres.—Se encuentran los primeros edificios de mampostería.—Porqué se le dió el nombre de *Isla Mujeres*.—Descubrimiento del Cabo Catoche.—Desembarco en la tierra de Maya, ó península de Yucatán.—Combate sangriento con los indios.—Aprehensión de Julián y Melchior.

Vivían pacíficamente en Yucatán Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar, sin que los españoles de las cercanas islas de Cuba y de Jamaica soñasen siquiera que, no muy lejos de ellos, dos paisanos suyos gemían en el cautiverio. La isla de Cuba estaba gobernada entonces por Diego Velásquez, muy aficionado á las empresas de conquista, como que en ellas había labrado su posición y elevada categoría. Por aquella época, iban disminuyendo los naturales de la isla de Cuba, ora por las guerras que habían sostenido con los españoles, ora porque éstos los agobiaban con trabajos superiores á sus fuerzas, ora también por la epidemia de viruelas que había assolado la isla, y que más tarde extendió sus estragos á Yucatán, como ya veremos. El resultado de esta escasez de jornaleros para los trabajos del campo y de las minas, era poner á los conquistadores en la precisión de andar buscando nuevas tierras dónde proveerse de indios que trabajasen en sus granjerías.

Diego Velásquez no miraba mal esta clase de expediciones, y así, contando con su beneplácito, y aun sirviéndose de su auxilio, se organizó una expedición, el año de 1517, para ir á buscar indios que sirviesen de esclavos, á las islas Guanajas.¹ Organizaron la expedición Francisco Hernández de Córdoba, Cristóbal de Morante, y Lope Ochoa de Cacedo²; se puso á la cabeza el primero de los tres nombrados, y fué por visitador real, para recaudar la parte del fisco, Bernardino Iñiguez. Los organizadores de la expedición eran antiguos vecinos de Cuba, y podían disponer de bastante riqueza, tanto que pudieron armar tres navíos, y equiparlos con ciento diez hombres, bajo la dirección del piloto Anton de Alaminos que antes había hecho viajes, con el almirante Colón. Se hicieron á la vela, de Santiago de Cuba, á principios del año de 1517³; llegaron al cabo de San Antón, y de allí tomaron por el sudoeste, en busca de las islas Guanajas. Al pasar por Puerto Principe, el piloto Alaminos, en conversación con el capitán Hernández de Córdoba, le había contado que tenía sospechas vehementísimas de que por el oeste se encontraban extensos países habitados y no descubiertos, porque así se lo había oído decir al viejo almirante Colón, cuando

¹ Carta primera de relación de Don Fernando Cortés, de 10 de Julio de 1519.

² Gomara, *Historia de las Indias*, pág. 185 del tomo I de los *Historiadores primitivos de Indias*.—Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, tomo I, pág. 497.

³ Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, asegura que salieron en la Cuaresma.—Las Casas afirma que debió salir la expedición por fines de Febrero.—Bernal Diaz del Castillo refiere que salieron de la Habana el 8 de Febrero de 1517.—Herrera en sus *Decadas* afirma que salieron el 8 de Febrero.

viajaba con él en el descubrimiento de Veragua; y Hernández, lleno de esperanzas, y con la ambición de gloria y de riquezas, no echó por alto el aviso, y como hombre precavido, por si algo podía acontecer, se proveyó de una licencia de Diego Velásquez, para que pudiese descubrir nuevas tierras. Y no creía tan remoto el descubrimiento, puesto que embarcó en sus buques muchas ovejas y puercos y algunas yeguas, como si pensara establecer población en alguna nueva tierra. De manera que, aunque su primer pensamiento fué ir á las Guanajas á cautivar á los mansos y sencillos habitantes de estas islas para someterlos á servidumbre, también cruzó por su imaginación la idea de descubrir, y así se concuerdan las diversas opiniones de los historiadores, que opuestamente le atribuyen el uno ó el otro propósito.

Embebecido así, Hernández de Córdoba, en sus ideas, caminaba hacia el sudoeste, cuando reventó una tormenta que le puso á riesgo de perderse, y que, por fortuna, no duró sino dos días; pero si la tempestad respetó sus vidas y embarcaciones, les hizo cambiar de ruta y les alargó la navegación, porque, queriendo llegar pronto á las Guanajas¹, perdieron la paciencia, y aun pocas vislumbres de esperanza conservaban, cuando á los veintin días² de navegación divisaron la alegre señal de la tierra, la prolongada faja oscura que tanto gozo causa á los na-

¹ *Vida anónima de Cortés*.—Bernal Díaz y Gomara.

² Herrera *Decada* II, libro 2º, capítulo XVII.—Las Casas asegura que al cabo de cuatro días llegaron á Cozumel los navíos de Hernández de Córdoba. Fernández de Oviedo extiende hasta seis días la duración de la navegación.

vegantes; mas, pensando aportar á una de las Guanajas, con gran sorpresa suya distinguieron otra isla, y en ella un gran pueblo, no lejos de la costa. Al mismo tiempo, se desprendieron de tierra cinco canoas que, acercándose á los navíos, pudieron ser reconocidas perfectamente: en ellas iban indios vestidos de camisas y calzones de algodón, y parecían de índole tan benévola, que sin dificultad trabaron relaciones de amistad con los extranjeros recién venidos. Treinta de los indios que navegaban en las canoas subieron á la nave capitana, y se entretuvieron comiendo, bebiendo, y recibiendo los dones y agasajos que les hacían los españoles, y concluyeron por invitarlos, siempre por ademanos, pues que su lengua ignoraban, á bajar á tierra. Los españoles se rindieron á tan cortés invitación, y, echando al agua los botes, pronto pusieron pie en la isla. Grande fué su asombro al encontrarse allí con señales de adelantada civilización, si bien mezclada de barbarie. Era el primer lugar de América en que veían edificios de mampostería: había un adoratorio de piedra cobijado de paja sobre un rehenchimiento de tierra y piedra, circuído en su cima de guayabos y otros árboles frutales, resinosos ú odoríferos, y se subía á la cumbre por gradas muy bien construídas y labradas, que indicaban un progreso muy marcado en el arte de construir edificios. Los visitantes subieron y entraron al adoratorio: su recinto era pequeño, pero limpio, aseado y conservado con atención y solicitud; el ambiente estaba saturado del olor del copal; y en el fondo, colocados en hileras, se veían idolos de diosas vestidas de enaguas y con los pechos honestamente cubiertos. Pa-

recían, pues, filas bien ordenadas de mujeres que servían en el templo, y por esto Hernández de Córdoba apellidó á esta tierra «Isla Mujeres», nombre que hasta hoy conserva.¹ Los objetos de oro que vieron, y de los cuales se apoderaron, en el templo de Isla Mujeres, y la vista de los edificios de mampostería, agujaron los deseos y curiosidad de los españoles, y no tardaron en tomar la resolución de internarse más al poniente, seducidos por el embeleso que se siente al ver cosas nuevas y al esperar el hallazgo de otras más. Siguieron su rumbo al noroeste, y poco tiempo después distinguieron la punta ó cabo más septentrional de la península de Yucatán. Unos pescadores que andaban arreglando sus redes y sus botes en la playa, huyeron atemorizados al percibir los grandes navíos. Entretanto, los buques de menos porte se fueron acercando á la playa, ocupados sus pilotos incesantemente en sondear para encontrar punto donde pudiesen anclar con seguridad. Esto pasaba en la mañana del 4 de Marzo, y cuando acababan de arrojar sus anclas al agua, vieron venir á todo remo y vela algunas canoas de indios que se aproximaron hasta poca distancia de los navíos. Al verlos, los españoles se llenaron de curiosidad y deseo de entrar en trato con ellos, y los llamaron con las manos y las capas, dándoles á entender que venían como amigos y hom-

¹ Gomara, *Historia de las Indias*, página 185.—Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, página 16.—Las Casas asigna como primer lugar descubierto por Hernández de Córdoba la isla de Cozumel, y Herrera el Cabo Catoche.—Fernández de Oviedo no menciona el nombre del primer punto de Yucatán descubierto por Córdoba, pero su descripción se conforma perfectamente con Isla Mujeres. *Historia General y Natural de Indias*, tomo I, pág. 497.

bres de paz. Los indios con ingénua franqueza se aproximaron, y aun subieron á la nave capitana, y se entretuvieron largo rato en comunicarse por señas, en almorzar, y en pasear y reconocer todo el interior de la nave. Luego se despidieron prometiendo volver al día siguiente con mayor número de canoas y de indios.

Cumplieron su promesa, porque, á la mañana siguiente muy temprano, el cacique mismo del lugar se dirigió con diez y seis canoas á la nave capitana, é invitó, por señas y con palabras de su idioma, para que bajasen á tierra y visitasen sus casas. Con instancia y con ardor se unían los demás indios á su jefe, y en su idioma decían repetidas veces «Connex c oloch», palabras que fueron oídas distintamente y que dieron margen á que los españoles pensasen que estaban oyendo el nombre del lugar, y así bautizaron á esta tierra con el nombre nunca perdido de «Cabo Catoche.»¹

Por las palabras creían saber el nombre del lugar, y por los ademanes comprendieron que se les instaba á bajar á tierra, á lo cual no se hicieron mucho de rogar, y, en breve, los españoles tomaron sus botes, y, acompañados de los indios en sus canoas, bajaron á la costa en una punta de tierra que se internaba en el mar.

Era ya la tarde cuando desembarcaron, y así, antes de pasar al pueblo inmediato, prefirieron los españoles dormir junto á la playa, y los indios, que no querían separarse de ellos, permanecieron con sus canoas junto á tierra. Con esto, la prima noche

¹ Gomara, *Historia de las Indias*, pág. 185.

se empleó en constantes comunicaciones entre indios y españoles, y muy tarde hubieron de entregarse al sueño. A cosa de la media noche, dos indios armados de sus arcos y flechas, y atraídos indudablemente por un sentimiento de curiosidad, se acercaron recatadamente al real de los españoles, que, como era de regla, estaba guardado por centinelas. Acertaron los incautos indios á pasar junto á uno de los centinelas que velaba su cuarto, y, creyendo éste que eran enemigos que trataban de sorprender el campamento, arremetió contra ellos espada en mano, y, dando voces de alarma, todo el campamento se puso en pie.¹

Al amanecer, ya el cacique estaba en compañía de Hernández de Córdoba, invitándole á que fuese á su pueblo, y fueron tantas sus instancias y muestras de amistad y de paz, que el capitán Córdoba, tomando consejo con los otros capitanes, acordó que fuesen á visitar el pueblo del cacique, pero bien armados y apercebidos, para evitar una celada.²

Oportuna fué esta previsión, porque, guiados por el cacique, penetraron por la senda que conducía al pueblo, y cuando estaban empeñados en lo más breñoso del bosque, el cacique dió grandes gritos y voces con que parecía llamar á su gente á que viniese á recibir á sus huespedes; pero, en realidad, lo que hacía era apellidar á su tropa, oculta allí en zalagarda, para escarmentar á los españoles.

Del bosque inmediato salió gran copia de gente armada, y sus armas no eran tan despreciables, pues que portaban espadas y navajas de pedernal,

¹ Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo IV, pág. 351.

² Bernal Díaz, *Conquista de Nueva España*, capítulo II.

lanzas y hondas: llevaban la cara pintada de diversos colores, y terciadas sobre el pecho colchas de algodón, para defenderse de las armas arrojadas. Daban gritos y alaridos, y acompañaban su vocería con el monótono compás de sus chirimías, atabales y flautas. La lucha se trabó abierta y sostenida; pero al principio tocó la peor parte á los españoles, tanto por su pequeño número, cuanto por la ignorancia en que estaban del terreno y de la manera de pelear de sus adversarios. Desde luego recibieron una gran rociada de piedras y flechas, y fué tanto el ímpetu del primer ataque de los indios, que peleaban boca con boca, y sin miedo á los castellanos; mas, tras largo rato de pelear, los indios sintieron el gran daño que les hacían los invasores, y acabaron por emprender la fuga: el campo quedó cubierto de innumerables cadáveres de indios; pero Hernández de Córdoba perdió también veintiseis soldados,¹ daño que en aquellas circunstancias era un verdadero infortunio, y que, por lo mismo, sintió vivamente.

Mientras duraba la refriega, el padre Alonso González que iba de capellán de la armada, se entretuvo en visitar unos adoratorios que había por aquellos contornos, y tomó de allí varios ídolos de barro y de madera, platillos, pinjantes y diademas de oro, que mostró á Hernández de Córdoba, después de concluído el combate. Sin embargo, ni este pequeño botín, ni la aprehensión de dos indios, á quienes apellidaron Julián y Melchor, pudo consolar á Hernández de Córdoba de la muerte de sus

¹ *Vida anónima de Cortés*, pág. 339.—Herrera, *Decada II*, libro II, cap. XVII.

veintiseis compañeros, y lleno de pesadumbre volvió á embarcarse, aunque firme siempre en su propósito de continuar su navegación por el poniente.

CAPITULO IV.

Descubrimiento de Campeche.—Amigable recibimiento que hacen los indios á los españoles.—Adoratorios de cantería.—El cacique de Campeche da un convite á Hernández de Córdoba.—Admiración de los indios á la vista de los navíos y de las armas de fuego.—Demostración que hacen á los españoles con intención de intimidarlos para que abandonasen Campeche. Hernández de Córdoba denomina el lugar Puerto de Lázaro.

Ese mismo día se dió á la vela, rumbo al poniente, siguiendo la misma costumbre que había observado desde Cuba de pairar de noche y caminar de día, y, al cabo de quince días de navegación por la costa abajo de Yucatán, entraron en una gran ensenada, que, al principio, les pareció la boca de un río.¹ Sorprendióles lo bajo de la mar, lo cual no habían observado en los otros lugares que habían visitado. A lo lejos, al través de un velo de bruma, se distinguieron las líneas luminosas de la costa, y conforme se fueron acercando, se diseñó perfectamente una población extendida con su caserío á lo largo de la playa, que se inclinaba á la falda de una cadena de colinas cubiertas de verdor que brillaban á los primeros rayos del sol. La vegetación era rica y exuberante, y ostentaba sus árboles frondosos y palmeras tropicales, que mecían sus flexibles tallos al soplo suave del fresco terral.

¹ Herrera, *Decada II*, libro II, cap. XVII.—*Historiadores primitivos de Indias*, por D. Enrique de Vedia, tomo II, pág. 3.